

capas de masas sobrepuestas cuando llueve en la superficie de la tierra, vimos sobre nuestras cabezas una nube muy espesa; entonces nos dejamos caer hasta la distancia de 250 metros del monte India-Dock, y en aquel momento vimos que llovía copiosamente en la superficie de la tierra. Ni una sola gota mojaba el globo; por consiguiente, toda el agua atmosférica que se precipitaba ante nosotros, procedía de una distancia inferior á 250 metros.

Arrojamos lastre, y nos metimos en una niebla que tenía 400 metros de espesor. A los 1,000 metros salimos nuevamente de las nubes, y vimos otra vez sobre nuestras cabezas una capa de negros nubarrones.

Bajamos de nuevo hasta 200 metros, y entramos en otra niebla seca al principio, pero que no tardó en volverse húmeda. A medida que descendíamos, nos parecía que se cargaba de agua, y por debajo de nosotros presentaba un color negro muy pronunciado.

A las 5 y 38 minutos flotábamos á una distancia de la selva de Epping, que variaba entre 500 y 600 metros, y oímos el ruido de la lluvia que azotaba los árboles, tanta era su violencia.

Después de haber admirado aquel curioso espectáculo, nos elevamos á 600 metros á través de las ráfagas de lluvia y de viento, para volver á bajar rápidamente hasta 50 ó 60 metros sobre el nivel del suelo. En aquel momento las gotas de lluvia eran tan anchas como monedas de cuatro peniques. El descenso se verificó en buenas condiciones, cerca de la selva de Epping, hallándonos literalmente empapados en agua, después de haber recibido tan continuos chubascos.

Cuando volvimos al observatorio de Greenwich nos quedamos sumamente sorprendi-

dos al saber que no había cesado de llover todo el tiempo que duró nuestro viaje. Los pluviómetros habían recogido una cantidad de agua considerable, siendo muy elevada la cifra que marcaba su escala. Creo que si hubiésemos podido llevar un pluviómetro semejante á aquellos en nuestro globo, habría marcado menos milímetros.

Queda por resolver todavía un punto muy importante: averiguar si el aire está siempre saturado de humedad mientras llueve. Por mi parte, no creo que así sea, puesto que pueden caer algunas gotitas desde un nivel superior en un aire seco que no consiguen nunca atravesar. ¿Quién sabe si, ayudadas por su misma caída, no se dispersan algunas veces y tal vez se congelan?

Esto nos mueve á escudriñar los misterios de la formación del granizo, pero no me atrevo á abordar aquí semejante cuestión, siendo necesarias muchas ascensiones para hallar la solución de esos múltiples problemas que nos ofrece el estudio tan curioso, tan interesante y tan poco conocido, de la atmósfera.

Sería sobremanera útil organizar una serie de ascensiones en un aire agitado, ya fuese durante la lluvia, ó ya cuando graniza; con un globo de grandes dimensiones, no sería difícil arrostrar los peligros de semejantes viajes. El aeronauta podría elevarse sobre las capas aéreas en que tienen su origen tan curiosos fenómenos, y no dejaría por cierto de recojer observaciones muy á propósito para hacer progresar la ciencia del aire.

El aeronauta que quiere interrogar á la naturaleza no siempre debe esperar á que el Sol brille y el viento calme para lanzar su frágil navecilla en el movable océano aéreo.

CAPÍTULO XIII

ASCENSIONES DE WINDSOR Y DE LÓNDRES

Como el mes de mayo era el único en que yo no había hecho ninguna ascension, tenía el deseo natural de completar la serie de todos los meses del año. M. Westcar, oficial



Fig. 50.—EL GLOBO ENTRE DOS NIMBUS

de caballería acantonado á la sazón en Windsor, y gran aficionado á la navegacion aérea, se había mandado construir un globo con la intencion de manejarlo por sí mismo. Aquel caballero, que por cierto estaba muy versado en el estudio de la física, se puso á mi disposición, y me ofreció su globo para llevarme por los aires sin necesidad de práctico alguno. Me apresuré á aceptar tan galante proposición. Aquella era la primera vez en que yo hacía una ascension sin el auxilio, á menudo molesto, de un aeronau-

ta de profesion. Unicamente los hombres guiados por el amor á la ciencia, y bastante instruidos para observar por sí mismos, son en realidad capaces de manejar científicamente un globo.

Tuvimos, sin embargo, que pagar nuestro aprendizaje y que probar muchas veces antes de poder llenar el globo, porque el mes de las flores está muy lejos de merecer su reputacion, y las tempestades son durante él mas frecuentes de lo que generalmente se cree. Por fin, el 29 de mayo logramos operar el henchimiento, y nos alejamos de la tierra á las 6 y 14 minutos, una hora antes de ponerse el Sol. Nos proponíamos no bajar hasta que se hubiese ocultado dicho astro, con el objeto de comparar las variaciones de las temperaturas, antes y después de tan importante fenómeno. En el momento en que el Sol iba á desaparecer, nos hallábamos á unos 200 metros de altura; pero al pasar por encima de una montaña, nos pareció que el globo estaba sujeto á una violenta atraccion, á una especie de irresistible aspiracion. Con el objeto de resistir á este efecto, tiramos rápidamente una gran cantidad de lastre, y aprovechamos aquella necesidad imprevista para empezar de nuevo una ascension semejante en lo posible á la precedente. Nuestro viaje se compuso, pues, de dos curvas, casi gemelas, entre las cuales procuramos establecer cierto paralelismo para determinar la in-

fluencia del Sol en aquel momento del día. Llevábamos á bordo lámparas de Davy, tanto mas necesarias cuanto que la luna no brillaba en el horizonte: dichas lámparas, que contenian el aceite suficiente para arder muchas horas, habian sido encendidas antes de nuestra partida, precaucion indispensable, pues el fuego destinado á encender la mecha ofrece un gran peligro, y si bien los aeronautas tienen lámparas de seguridad, en cambio no han llevado sus precauciones hasta disponer de fósforos dotados de las mismas propiedades.

Durante todo el tiempo que el Sol estuvo sobre el horizonte, espuse mi termómetro, ennegrecido en el vacío, á los rayos oblicuos que nos dirigia como un adios postremo. M. Westcar fué el que se encargó mas particularmente de estas observaciones, por lo cual pude hacer las mias sin descuidarlas por otros estudios accesorios, cosa muy esencial para la rapidez y exactitud de los experimentos. El termómetro de bola ennegrecida en el vacío marcaba una temperatura que diferia muy poco de la del aire ambiente. Así debia creerse teniendo en cuenta la rapidez con que la extincion aumenta la opacidad de los rayos. Sin embargo, debe consignarse una circunstancia que hace dudar en cierto modo del resultado: sentiamos en nosotros mismos que el Sol irradiaba un calor perceptible, y á pesar de esto el termómetro no lo marcaba.

La cantidad de humedad, que era bastante notable cuando partimos de Windsor, aumentó rápidamente cerca del Támesis, donde el aire estaba verdaderamente saturado de ella; pero las emanaciones del rio no llegaban á gran altura, porque apenas nos elevamos advertimos que el aire estaba notablemente seco. Aparte de esta circunstancia, la humedad parece aumentar con la altura; pues al continuar nuestro movimiento ascendente, advertimos que el aire estaba nuevamente saturado á los 1,666 metros.

Cuando el Sol se puso, nos elevamos al mismo nivel, y encontramos poca diferen-

cia con las cifras anteriormente anotadas. Sin embargo, el aire estaba allí un poco menos cargado de humedad. Por dos veces observamos claramente dos corrientes de aire separadas por una region de calma.

Es fácil trazar el itinerario de nuestro globo. Desde la ciudad de Windsor nos dirigimos por encima del gran Parque histórico, habitado por tantos monarcas ingleses cuando Versailles no era mas que un pueblo desconocido. A las 7 y 43 minutos, pasábamos por encima de Woking, que M. Westcar conoció perfectamente. En seguida nos dirigimos hácia Guildford, dejándolo al Este, y empezamos á acercarnos á la costa. A las nueve y media calculé que el mar debia estar próximo: abrimos la válvula, y bajamos á 5 millas al sur de Pulborough.

En el momento en que tocamos tierra, hacia cerca de hora y media que el Sol se habia puesto. Como á nadie puede ocurrírsele que dos aeronautas recorran el espacio celeste para estudiar la temperatura del aire y su humedad, vimos los campos desiertos, y no encontramos una sola persona que nos ayudara. En tal contingencia, tomamos inmediatamente nuestro partido, y nos dispusimos á dormir en la navecilla. A eso de la media noche oímos ruido: era un pastor que venia á ver si los carneros que habia encerrado en un aprisco inmediato estaban tranquilos. Aquel buen hombre nos llevó á su cabaña, donde pasamos la noche, sumamente satisfechos con su hospitalidad.

Los viajes aéreos no ofrecen solamente un interés científico, sino que las mil peripecias siempre nuevas, siempre inesperadas que reservan al aeronauta, tienen un gran atractivo. No hay nada tan pintoresco como esos descensos, verificados las mas de las veces en un país que no se conoce y en el que no se puede calcular de antemano la acogida que á uno le harán. ¡Qué manantial tan inagotable de relatos entretenidos y de anécdotas originales para un poeta ó un novelista!

VIAJE DEL 31 DE MARZO DE 1863

El viento inferior soplaba del Este: el cielo estaba azul y casi sin nubes. Cuando nos alejamos de la tierra, eran ya las 4 y 16 minutos, y el Sol habia recorrido la mayor parte de su carrera. El globo se elevó sin vacilar, con lentitud, pero en derechura, hasta la altura de 6,000 metros. Despues de algunos momentos de parada, proseguimos nuestro movimiento ascendente hasta los 7,500 metros, á cuya elevación llegamos una hora y 12 minutos despues de nuestra partida. Nunca he visto que la válvula produjera un efecto tan rápido; la abrimos tan solo un instante, pero en 4 minutos descendimos mas de 2,000 metros. Afortunadamente teniamos lastre para sostenernos sin dificultad, y el globo permaneció casi una hora á 4,000 metros de altura. A las 6 y 20 minutos estábamos en tierra, habiendo efectuado nuestro descenso en 58 minutos, comprendido el tiempo de parada que hicimos en nuestra estacion intermedia.

En aquella ocasion pude advertir mejor que nunca que hay casos en que la temperatura del aire varía con asombrosa regularidad, porque su aumento y disminucion fueron de una unidad perfecta. Cada anotacion marcaba una cifra menos elevada que la precedente. El aumento de calórico se hacia sentir asimismo sin ninguna interrupcion, sin la menor irregularidad á medida que las altitudes disminuian.

A pesar de la calma aparente de la atmósfera, encontramos diversas corrientes de aire á varias alturas, y pude distinguir las muy bien, á causa de la multitud de puntos de referencia de que se dispone en las ascensiones verificadas en medio de una gran ciudad como Lóndres. Hasta dos millas de tierra, el viento, que habia ido refrescando á medida que nos elevábamos, se dirigia al Este; á dos ó tres millas de altitud reinaba otra corriente opuesta que soplaba hácia el Oeste: en los límites de esta zona marchaba al nordeste, y algo mas arriba se

revolvía para ir al sudoeste. Por último, en la parte superior de nuestra trayectoria, y á una altitud de cuatro millas, puedo afirmar que venia del oeste.

Cuando estábamos en el punto culminante de nuestra ascension, el cielo tenia un color azul de Prusia muy intenso, y aquella hermosa tinta rodeaba admirablemente á la ciudad de Lóndres, sobre la cual flotábamos, y que subtendia un ángulo de 90°, mas de la mitad de nuestro horizonte visual.

Si Lóndres tuviese límites perfectamente marcados como las fortificaciones de París, se hubiera podido determinar con exactitud la magnitud de aquel ángulo y sacar consecuencias geométricas sobre la altura á que se cernia el globo; pero confieso francamente que no siento que Lóndres carezca de un cinturón de aquel género, especie de corsé en el cual se ahogaria su libertad.

Cuando se está á cierta altura de la superficie de la tierra, se pierde toda nocion del tamaño comparativo de los objetos. Las casas, los árboles, las ondulaciones del terreno, todos los accidentes del suelo se reducen á un nivel uniforme, y hasta las mismas nubes parece que reposan en la superficie de la tierra. El paisaje desaparece, puesto que no se vé mas que su proyeccion sobre un plano. Cuando las nubes permiten ver el horizonte, el vasto círculo en que la tierra se une al cielo parece siempre al nivel de la navecilla, á la misma altura que los ojos.

Nunca, como entonces, habia visto yo los paisajes terrestres tan semejantes al plano de un ingeniero. El Támesis describia curvas é inflexiones que le daban la apariencia de una inmensa serpiente de plata. Los barcos parecian manchitas negruzcas casi regulares. La mirada absorta los seguia hasta la confluencia de dicho rio con el Medway, desde cuyo punto forman ambos reunidos un verdadero brazo de mar, admirable vestibulo del Canal de la Mancha, que á su vez sirve de transicion al Océano.

Yo veia distintamente los blanquiczos

acantilados de Margate, sin que se me escaparan las olas del mar que empieza en Douvres y en Deal. A pesar de la corta extensión del estrecho, no pude tener el gusto de ver las costas de Francia, y eso que dirigía frecuentemente mis miradas hacia la patria de Pilatre y de Montgolfier. Divisaba también con una limpieza admirable la costa que limita á Inglaterra al Norte del Támesis, alcanzando mis miradas hasta Yarmouth. Con solo volver la cabeza, podía pasar desde Harwick hasta Brighton. El Sol doraba el Támesis: uno de sus rayos caía sobre Windsor, y la sombra del Príncipe-Regente parecía extenderse sobre el palacio de la reina Victoria. Limitaban el Norte densas nieblas, y el Oeste se hallaba rodeado de vapores, á pesar de estar el Sol á la sazón en su ocaso, en tanto que el cielo de oriente conservaba toda su diafanidad. Yo me complacia especialmente en seguir con la vista las ondulaciones de las aguas del Támesis; sus ondas parecían palpitar en Putney, efecto debido á los movimientos de la marea que se asemejaban á una respiración, y al presenciar aquel maravilloso espectáculo, no me admiraba la explicación que los estóicos y Séneca habían dado de tan gran fenómeno. Las campiñas inmediatas á Lóndres se destacaban con sorprendente claridad. Si la tierra hubiese estado cubierta de frutos, si los árboles hubieran tenido sus hojas, la escena habría sido tan grandiosa, que no me hubiera saciado de contemplarla. En el momento en que descendíamos, empezaban á encenderse los faroles del alumbrado; se veían brotar de la tierra estos puntos luminosos, como si fueran luciérnagas. Cuando llegamos á tierra, hacia tres cuartos de hora que se había puesto el Sol; el crepúsculo había empezado, y la Luna, que estaba en su plenilunio, brillaba en un cielo sin nubes.

VIAJE DEL 2 DE OCTUBRE DE 1865

Salimos del arsenal de Woolwich á las 6 y 20 minutos de la tarde, reinando una

agradable temperatura de 16° próximamente. Trascurrieron tres ó cuatro minutos antes que me hubiera sido posible reflejar sobre mis instrumentos la luz de una lámpara Davy, que llevaba ya encendida y que debía manejar con toda precaución. Hasta que recorrimos 300 metros no conseguí leer los grados, y advertí que la temperatura, en vez de disminuir, había aumentado un grado Fahrenheit. Al principio, podía creerme víctima de una ilusión; pero el movimiento ascendente de la temperatura continuó manifestándose á medida que el globo se separaba de la superficie de la tierra. A los 400 metros el termómetro marcaba más de 16° $\frac{1}{2}$. Para convencerme de que no padecía ningún error, dejé que el globo hiciera un gran número de oscilaciones, y siempre obtuve el mismo resultado. El globo no podía alejarse de la superficie de la tierra sin que la temperatura aumentara. Esta notable inversión en la distribución del calor no fué el único fenómeno que pude observar, pues las diferencias en el grado de humedad del aire eran asimismo muy notables. Al principio de la ascensión, el aire que rodeaba á mi navicilla estaba mucho más cargado de agua que el del observatorio de Greenwich. En la segunda parte del viaje sucedió lo contrario; el aire del citado observatorio era bastante más húmedo que la atmósfera en que yo estaba metido. Debe suponerse por lo tanto que el agua atmosférica que se había condensado en la superficie del suelo, se había precipitado mientras duró nuestro viaje. ¿Se podrá suponer asimismo que, á consecuencia de un movimiento contrario, el calor había huido, por decirlo así, á las altas regiones?

El interés de estos estudios termométricos era tan grande, que descuidé todos los experimentos que tenía preparados. Yo iba provisto de una comprobación directa. Llevaba dos termómetros *à minima* cuya temperatura era la del arsenal de Woolwich: ninguno de ellos marcó una temperatura inferior á la del punto de partida, de lo cual

me convencí muchas veces durante el curso de mis observaciones. Aunque dichos termómetros hayan estado expuestos á la acción de la radiación nocturna, jamás han marcado una temperatura sensiblemente diferente de la de los termómetros ordinarios encerrados en su estuche. Este resultado es tanto más digno de atención cuanto que, según he dicho ya, el cielo estaba muy despejado y la Luna lanzaba vivos resplandores. Añadiré que los ozonómetros de Greenwich marcaban cero, y que los que llevaba en mi navicilla señalaron 4, siendo 10° el grado máximo.

En los primeros momentos de la ascensión, me absorbía demasiado en mis observaciones para fijarme en el maravilloso cuadro que á mi vista se desarrollaba. Pero, á pesar de la importancia física de los hechos que descubría, no pude estar mucho tiempo sin tender una mirada en torno. A nuestros pies, y algo al Este, se extendía la ciudad de Woolwich; al Norte veíamos muy distintamente la de Blackewall. Al Sur se divisaban las luces de Greenwich y de Deptford. Hacia el Oeste brillaba Lóndres, la gran metrópoli, y mi vista se perdía entre la muchedumbre infinita de luces que lanzaban inusitados y mágicos destellos. No era aquella la primera vez que yo navegaba de aquel modo sobre Lóndres, pero por lo común, esa multitud de puntos luminosos se confunden, y aparecen en lontananza con el aspecto de una niebla fosforescente. En el viaje de que me ocupo no fué así; el aire era tan puro que las luces más lejanas se acercaban, sin confundir empero su brillo. Vi extendida sobre la tierra una inmensa constelación de estrellas aglomeradas entre sí, pero sin que se asemejaran á una nebulosa ni á una vía láctea!

Pude conocer todas las calles de Woolwich, de Deptford y de Greenwich como si estuviesen trazadas por una infinidad de chispas. Nueve minutos después de nuestra partida, nos hallábamos frente por frente de Brunswick-Pier, atravesábamos el Tá-

mesis, y llegábamos al terreno, en otro tiempo desierto, y hoy apenas habitado, que se llama isla de los Perros. A medida que nos acercábamos á la ciudad, multiplicábanse las luces; á nuestras plantas brotaban nuevas estrellas.

Pasamos de nuevo el Támesis, y á las 6 y 42 minutos estábamos sobre la célebre estación de London-Bridge. En este punto hace el río un recodo muy marcado, cuyas inflexiones sigue la gran calle de Borough, que nos presentaba una graciosa guirnalda de fuego. Bastó un minuto para que nos lanzáramos sobre el puente de Southwark, pero no atravesamos el Támesis hasta más arriba de Blackfriars-Bridge, en cuyo punto hay tres puentes; el que se construye, el provisional y el del camino de hierro que va á parar al centro de la ciudad. Las sombras, los andamios, las luces, el agua; las locomotoras, todo ofrecía un cuadro inusitado. A las 6 y 47 minutos nos encontramos encima de Charing-Cross, vértice de varios ferro-carriles, entre los cuales figura el de Greenwich, y pude ver con mi anteojo todos los detalles del edificio que frecuento con asiduidad.

Al separarnos de Charing-Cross, tendí la vista sobre la *cité* de Lóndres, en medio de la cual la iglesia de San Pablo proyecta sombras llenas de misterio y de poesía. Pero el espectáculo más curioso es el que ofrece el Támesis, metido entre dos líneas de fuego: ¿Qué será cuando estén construidos los muelles, cuando esos millares de luces se dupliquen por efecto de su reverberación en el agua? La marea era baja, y por consiguiente perdimos algún tanto el efecto que producirían las olas si hubiesen llegado á bañar el pié de los warfs y de las casas. Los dos relojes iluminados de Westminster parecían dos lunas llenas brillando á través de espesos vapores. Dirigiendo la vista al Este, divisábamos las líneas indefinidas de Commercial-Road y de Whitechapel-Road, inmenso río de fuego que lleva el nombre de Holboan, y que acaba por con-

vertirse en Oxford-Street, verdadero bulvar sobre el cual nos mecíamos.

La parte central de la calzada forma un espacio negro orillado por dos hileras de luces de gas que despiden un resplandor amarillo, casi dorado; pero aquella cinta oscura se veía singularmente reducida por dos franjas plateadas muy brillantes. ¿De dónde procedía tan mágico efecto? De la luz de las tiendas que se reflejaba vivamente en el empedrado húmedo; y lo que aumentaba mucho más el asombro inspirado por aquel extraño espectáculo era el movimiento de las sombras proyectadas por los transeuntes y por los carruajes, visibles aún cuando no se ha pasado de los 400 á 500 metros de altura.

Eran las 6 y 50 minutos cuando nos hallábamos sobre Marble-Arch: media hora llevábamos de viaje y habíamos recorrido cuatro leguas. La velocidad de la brisa no pasaba de siete á ocho leguas por hora. En breve llegamos á Edgware-Road, dejándolo á nuestra izquierda. A los seis ó siete minutos salíamos de los arrabales de Londres, y ya en plena campiña, avanzábamos hácia Uxbridge.

Jamás he visto un contraste más completo. Entonces no divisábamos un solo objeto; ningún rumor llegaba á nuestros oídos. El mugido de Londres había desaparecido del mismo modo que se extingue el rumor de

las olas al alejarse de la playa. Ya no brillaba la luna con tanta fuerza, y la tierra estaba sombría, negruzca, como si la luz refleja no tuviese fuerza para llegar hasta nosotros. Sin embargo, aquella oscuridad no debía durar perpétuamente. La luna se sintió herida en su amor propio, redobló su claridad, y pudimos ver de nuevo los bosques y los prados, así como la sombra del globo que se destacaba y nos seguía, semejante á un descomunal fantasma que nos fuese persiguiendo. Como podíamos ver la estrella polar y la luna, seguíamos todos los detalles de nuestra carrera. De vez en cuando pasaban por debajo de nuestra navecilla masas de luz que indicaban las lejanas ciudades y aldeas.

Salimos del condado de Middlesex para atravesar una parte del de Buckingham y del de Berks, y llegamos al de Oxford, donde descendimos precipitadamente á las 8 y 20 minutos, dos horas después de nuestra partida. A pesar de mis observaciones, mi compañero M. Orton se empeñó en que estábamos á orillas del mar, y abrió enteramente la válvula, de suerte que caímos más bien que descendimos en una granja. Estábamos en plena campiña; el mar no existía sino en la imaginación de mi compañero, y no solo interrumpimos bruscamente y sin motivo una ascensión magnífica, sino que se rompieron todos mis instrumentos.

CAPÍTULO XIV

LAS ALTAS REGIONES

Nuestro globo se cierne en medio de una vasta esfera hueca, cuya parte inferior está cortada por un plano horizontal. Esta sección la forma una especie de tierra aparente, ó mejor dicho, un vasto continente sin intervalos, sin intersticios, que nos separa enteramente de la verdadera tierra y nos oculta la superficie habitada por los hombres. No se ven nubes aisladas que revoloteen unas en pos de otras. Hémos, pues, cual verdaderos habitantes del cielo, separados de la tierra por un valladar de nubes de un color gris oscuro que nos parecen imposibles de atravesar. Nos vemos libres de todas las aprensiones que pudiéramos tener cuando aun estábamos adheridos á la tierra, á ese duro escollo contra el cual se han estrellado tantos arrogantes globos. Tenemos motivo para suponer que las leyes de la gravedad están en suspenso, y que en el mundo superior, al que pertenecemos, reinan la calma y la paz.

El movable tapiz que nos separa de las miserias humanas es tan suave y delicado que cederá blandamente á nuestro peso. Parece una engañadora sirena que nos atrae. ¿Por qué no habremos de precipitarnos en uno de sus risueños valles? ¡Pronto halláremos en él, á no dudarlo, un reposo eterno!

Sobre nuestras cabezas se eleva una magnífica techumbre, una inmensa cúpula, verdadera mansión de maravillas; las nubes

que pasan no tienen al parecer otra misión sino la de ensanchar los límites de ese olimpo: á no ser por ellas, nuestros ojos no podrían sondear el espacio infinito.

Por la parte de oriente brillan las lejanas tintas de un arco iris próximo á disiparse, y que apenas proyecta un fulgor dudoso sobre el sombrío azul de los cielos. Por la de occidente, el Sol orla con plateadas franjas las orillas de las nubes, tejidas con la lana del carnero celeste, de vellón luminoso y dorados cuernos.

Debajo de esos ténues vapores, elevase una cordillera que llamaremos Alpes del cielo y que se levantan unos sobre otros, alejándose por grados de las anchurosas llanuras de esa región divina habitada sin duda por los géneos del aire, los silfos y los trasgos. Acumúlanse montañas sobre montañas, hasta que los últimos picos se coloran con los postreros reflejos del Sol poniente.

Algunas de esas masas compactas parecen assoladas por las avalanchas ó hendidas por la marcha irresistible de los glaciares. Aquel nublado impalpable parece adquirir la dureza del cuarzo y tal vez la del diamante: algunas de las nubes que lo forman se asemejan á descomunales conos que se lanzan audazmente hácia el infinito, y otras á pirámides cuyas caras apenas están formadas.